

Stgo

Crónica Literaria

Por ALONE

"Samuel", por Braulio Arenas (Universitaria).

Aunque trabajada por manos modernas, según "los últimos adelantados de la técnica", no ha perdido la vieja tierra de Israel sus bíblicas virtudes y sigue produciendo milagros, suscitando profetas.

El más reciente se llama Braulio.

Nadie lo habría creído de él, cualquiera otro parecía más indicado a recibir la inspiración sagrada. Su imagen y sus voces sugerían de preferencia la ligera sonrisa y fantasías amables, apenas un poco sobrenaturales.

Pero hizo el viaje a la tierra prometida y volvió con un inesperado manuscrito de corte teatral donde se escuchan alaridos serios y se desenvuelve, con bastante soltura, a través de versos libres, una historia por donde pasan grandes sacerdotes y reyes pastores, figura el arca de la alianza y se libran batallas contra los filisteos, entre apasionadas reminiscencias de otros cantores ilustres.

Uno de ellos, García Lorca. Imposible olvidar, desde luego, en el primer acto, la desesperación de Yerma cuando Ana, la futura madre de Samuel, se queja al Señor de su vientre estéril y sueña con la fecundidad. Las maldiciones de Penina ante su rival dichosa traen asimismo ecos de las que Gabriela profería en parecido trance contra la seductora de su amor.

Pero todo eso pasa pronto y la comedia en dos actos y diez cuadros, equitativamente repartidos, toma el cauce del Antiguo Testamento y, detrás de Eli, que cede el puesto a Samuel, aparece Saúl que lo entregará a David.

Esa es la intriga o argumento.

Lo singular e insólito, lo sorprendente, es que, pese a la atmósfera tan distante y tan distinta de su temperamento, es que Braulio Arenas no deja de ser Braulio Arenas y sus parlamentos se deslizan fluidos, rápidos, naturales, casi insensibles en medio de la agitada acción, candente y tempestuosa, rica en portentos.

Desafío o proeza, ambos a la vez, con visibles descensos a la prosa sencilla, el hecho es que la pieza leída no decae, los profetas profetizan, los guerreros guerrean, cumple al Arca su promesa divina, el pueblo impreca, funestos augurios se pronuncian y todo concluye, como es debido, entre hosannas al triunfo del Señor.

¿Cuál será el efecto de la comedia representada?

Difícil calcularlo.

Tal como se nos ofrece, debemos reconocer que causa una impresión desconcertante, como podría ser la de un pintor que quisiera emular a Miguel Ángel con los elementos de la acuarela o el pastel o, acaso, la del músico que atacara una vasta composición wagneriana con una orquesta de flautas y violines.

Es como si el auto no estuviera escribiendo sino soñando que escribe. Los colores son demasiado transparentes, las notas excesivamente claras, el todo se disuelve en la luz.

Contribuye finalmente a la perplejidad del lector y a

suspender su juicio esta nota de la contraportada: de "Samuel":

"He descubierto al autor que dentro de poco será lo más estupendo, lo más aplaudido, lo más solicitado que habrá en todo Chile. Os lo aseguro comprometiéndome a apostar mil pesos (de 1935) a que de aquí a un año Braulio Arenas nos dará a conocer la mejor comedia o el mejor drama que se haya escrito jamás en este país", opinión emitida por Rafael Frontaura cuando Braulio Arenas recién contaba 22 años de edad..."

¿Contradecirlo? Sería como dudar de la ley y los profetas.

"La Vibora en el año", por Hervé Bazin (Grasset).— He aquí una novela agria, áspera, ácida, infinitamente desagradable, pero que, una vez empezada, no es posible dejar de leer y, después de leída, difícilmente se olvidará.

Es el milagro de la prosa cruel e incisiva, aguda como un punzón y penetrante, que arranca chispas y avanza rápida, a paso centelleante, por los senderos peligrosos, entre cortes que dan vértigo.

Se trata de un padre débil, una madre enérgica y tres hijos que la odian con un odio tan parecido al de ella por ellos que se les reconoce de la misma sangre.

Algo como la querrela de las generaciones llevada al paroxismo, dentro del mismo hogar, dentro del orden exterior y estrictamente ajustado a las conveniencias sociales del mundo burgués.

En el fondo, detrás de las intrigas y los personajes, movidos con extraordinaria viveza y una técnica impecable, la novelita de Hervé Bazin es una diatriba de las más feroces contra el mundo burgués, contra la familia, contra la organización social entera, dirigida implacablemente y encarnada por el segundo de los tres hijos, miembros ilustres y eminentemente representativos de ella, magnates, académicos políticos, un senador, un obispo, un famoso protonotario, orgullosos de la familia.

Y obsérvese este "detalle": haciendo excepción en la historia universal de la novela, nunca aparece aquí un asomo, un átomo de amor. No sólo de amor sentimental, familiar o de simple amistad, sino de amor humano de alguien a alguien. El odio llena la copa de borde a borde, envenenado hasta las heces.

Bajo la ligera superficie sarcástica, irónica, pintoresca, de un indiscutible ingenio, el río corre, corrosivo y amargo, de la sublevación amenazadora que muestra los dientes y saca las uñas para arañar y morder.

Ridículo en su pobre debilidad el padre, maniático de entomología mínima, cruel de fanatismo religioso y despiadado la madre, avara, perseguidora de sus hijos, cada muchacho, la encarnación de un vicio, antes de los quince años, no puede ser más desalentadora la imagen que proyecta "La Vibora en el Puño".

Entre los muchos testimonios de disolución social que ofrece la actual literatura éste es uno de los más descarnados.

Con la agravante de que se hace leer.